

EDITORIAL

I

Siempre se resume el ejercicio editorial, en un ámbito académico como el nuestro, a un somero trabajo. Recibir, revisar, comentar, corregir y editar, resultan ser sus funciones esenciales. Como miembros de esta revista, es nuestra labor desempeñar el papel de correctores objetivos, así podremos sacar un número de calidad para nuestros lectores. Por tanto, si se llega a dar el caso donde el corrector no se restrinja a las únicas acciones que permiten tal actuar objetivo, por dramático que pueda llegar a sonar, parece que se comete un sacrilegio frente a esta actividad. Sin embargo, *Saga* no parece sólo ejercer esas acciones sin más: se disfruta de un párrafo bien escrito, se sufre cuando una oración no está clara para quien la lee, se discute con autores imaginarios debatiendo si tal o cual argumento se sigue o no. Todo texto que llega, para bien o para mal, nos afecta como personas. Así que *Saga* no cabe, en estricto sentido, dentro de la categoría de “trabajo editorial netamente académico”.

II

En *Saga* está reunida toda la soberbia y vanagloria del departamento: actuamos como si fuésemos dioses frente a un texto, lo desmembramos y destruimos para que los pobres escritores vean sus textos hechos trizas; nos reímos de ellos y nos entretenemos viendo cómo la gente envía una y otra vez sus trabajos para someterlos a nuestros arbitrarios criterios. Somos un grupo de megalómanos que no permiten que se expresen ideas que, de una forma u otra, vayan en contra de lo que pensamos... Bueno, quizá no. Puede que seamos, como creo que somos, un montón de ‘pelagatos’ intentando tratar textos que nos superan en conocimientos, bien sean temáticos o estilísticos. Por eso, cada texto que llega genera aprendizaje en el corrector: todos los escritos muestran una forma particular de pensar y de plantear un problema; el autor, con su texto, muestra al corrector y al editor lo que piensa, y les enseña, a través de su argumentación, cómo llegó a eso que piensa. En últimas, la labor de la corrección y la edición, en la revista particularmente, es aprehender y conservar eso que quiere decir el autor, no imponer un tipo particular de pensamiento ni una forma de expresarlo.

III

Hay tantas opiniones encontradas frente a la labor de esta revista, que es difícil asumir una postura hasta que se experimenta directamente cómo se trabaja allí. Vivimos en un choque constante de comentarios como halagos, críticas –algunas constructivas, otras no tanto-, sátiras y demás que, al final, sólo queda participar y esperar. Reconozco el miedo que sentí cuando entré a *Saga*. Tantos comentarios perniciosos sobre lo que se hacía en ella me llevaron a un estado de pánico absurdo: o era el grupo estudiantil donde la expectativa de tu desempeño no podía ser menos que excelente o, por otro lado, *Saga* era el despliegue de la ‘prepotencia filosófica’. La “presión” que la revista ejercía nunca llegó a mí, del mismo modo en que no vi ese despliegue de pedantería: sólo habían montañas de trabajo por hacer, mucho desorden y poco tiempo.

Ahora bien, hubo algo que pude ver casi de forma inmediata: el sentido de pertenencia que genera *Saga* tanto en los que son o fueron miembros como en los que “no son parte”. Siempre hubo personas dispuestas a brindar su ayuda a la revista, gente que estuvo pendiente de su progreso; ese tipo

de detalles motivan y permiten continuar trabajando, así no veas el fruto de tu trabajo en ese momento.

Ahí me di cuenta de algo: todos de una forma u otra mantenemos viva esta revista. *Saga* no es sólo un pequeño grupo de editores y correctores; *Saga* también *son* los autores, las personas que leen los artículos, aquellos que asisten a los eventos y quienes la critican o la admiran. Ojalá la gente entendiera que la corrección y edición son labores secundarias dentro de una revista, que los papeles que ellos desempeñan como autores, lectores y críticos son los más importantes al final: una publicación que no tiene quien escriba para ella, quien la lea o la critique más vale ser dejada de lado.

Entre prejuicios, actitudes pretenciosas y mucho esfuerzo nos permitimos entregarles este número 25.

Paola Quiñones Rico
Universidad Nacional de Colombia